Paradigmas y extremismos, los economistas mexicanos en el siglo XX*

Pascual García Alba Iduñate **

Introducción

En el presente ensayo el concepto de paradigma, que no la teoría, es aquel popularizado por Thomas Khun en su obra *La estructura de las revoluciones científicas*, publicada en los años sesenta; y se refiere al conjunto de hábitos, técnicas, normas metodológicas, tendencias, valores, inquietudes, etc., que junto con determinadas teorías científicas, dominan en el seno de una comunidad. Dicho concepto va más allá de lo que englobaría una teoría determinada y puntualiza el modo en que la actividad teórica se lleva a cabo, el entorno relevante en el que se realiza y que, por tanto, afecta al propio proceso, a los problemas que estudia, a sus propósitos y hasta a sus conclusiones.

Un paradigma incluye una concepción general del mundo, que aplicada a la realidad, la simplifica y permite el estudio de fenómenos concretos como desviaciones de esa percepción sintética. Su utilidad depende de la economía lograda en la categorización y especificación de los problemas bajo estudio, en la comunicación de ideas, experimentos y resultados entre los miembros de la comunidad científica. Lo apropiado del paradigma depende de su utilidad más que de su fidelidad hacia alguna visión casi metafísica de la realidad.

*Esta es una nueva versión de la ponencia presentada en el Primer Congreso Nacional de Historia Económica organizado por la Asociación Mexicana de Historia Económica, del 24 al 26 de Octubre del 2001 en la ciudad de México. El autor agradece a Leopoldo Solís y Adalberto García Rocha por sus comentarios a la versión preliminar, de igual manera a Gabriela Torres, quien mejoró sustancialmente su presentación. Las opiniones aquí vertidas son responsabilidad exclusiva del autor.

** Profesor del Departamento de Economía de la UAM-Azcapotzalco en diferentes periodos. En la actualidad se desempeña como comisionado de la Comisión Federal de Competencia.

Cuando se aplica el concepto de paradigma al campo de la economía es innecesaria la concepción de Khun respecto a su condición antitética y a la imposibilidad para coexistir, de unos paradigmas con otros, aun cuando aborden fenómenos diferentes. Los paradigmas son construcciones de conveniencia y no realidades en sí. En este trabajo, se caracteriza como extremista conceptual a quien posee una forma de adherencia exagerada a un paradigma, de manera tal que transforma una herramienta o representación simplificada de la realidad para un propósito determinado, en símbolo o realidad verdadera y última, en sentido metafísico.

La economía se vería enriquecida como ciencia si el extremismo conceptual no fuera su condición de existencia. En este escrito se hace hincapié en la idea de coexistencia entre paradigmas como un medio para alimentar tanto la capacidad de operación empírica como de análisis económico. En efecto, los economistas utilizan a veces las herramientas de un paradigma, y en ocasiones las de otro. Las tensiones entre ellos se dan cuando lo que era de utilidad empírica se convierte en un ideal.

Cabe realzar algunos ejemplos sobre la necesidad del uso flexible de los paradigmas en el campo de la teoría económica. El paradigma de la competencia perfecta es útil para analizar estructuras de impuestos. Sin embargo dicho paradigma supone pleno empleo y es por tanto inapropiado para analizar el desempleo involuntario durante las recesiones. También sería inútil aplicar el enfoque marxista— que perseguía la destrucción del sistema capitalista—, para resolver los problemas de las empresas en dicho sistema. Asimismo, el paradigma keynesiano, al trabajar con funciones agregadas, poco sirve para proyectar la demanda de un producto específico.

No dudo que la visión anterior puede ser tachada por algunos de pragmatismo simplista. No importa. Si se reconociera que los paradigmas son construcciones de conveniencia y no realidades en sí, nos evitaríamos discusiones vanas y enfrentamientos inútiles. Después de todo la economía es una ciencia social que como tal persigue el bienestar de la sociedad. Debe más que nada ser considerada como ciencia aplicada, y sus paradigmas aquilatados por su capacidad para entender y mejorar los procesos económicos. A pesar de quienes parecen suponer que como la matemática, sus teoremas no tienen que sujetarse a la confrontación empírica, sino sólo a la coherencia interna de sus razonamientos sin cuestionar sus axiomas.

La convivencia entre paradigmas es posible. Ejemplos los hay, aunque a veces por razones sesgadas. El keynesianismo no siempre fue rechazado por economistas de tendencia marxista, quizá porque ambos tendían a favorecer la intervención del estado en la economía, en oposición a las versiones dominantes de la

economía neoclásica. Asimismo, en las escuelas se suele enseñar macroeconomía con un enfoque keynesiano y microeconomía con un enfoque neoclásico, aunque el tipo de keynesianismo que se enseña cada vez se parece más al paradigma neoclásico. Otro ejemplo de convivencia de paradigmas en el siglo XX se dio dentro del paradigma cepalino. Sus proponentes utilizaban conceptos y modelos matemáticos y econométricos del comercio exterior que podían ser entendidos y discutidos con los neoclásicos, al tiempo que desarrollaban conceptos como el de centro-periferia, propuesto por el ruso Bujarin en 1915 -antes de la revolución de octubre.

Las tensiones surgidas en el seno de la comunidad científica de economistas, son producto del desarrollo de la ciencia, pero también de tergiversaciones, donde la polémica entre diferentes paradigmas se convierte en una lucha fútil, que da pauta a otras acciones; por ejemplo, el que las masas sean azuzadas a combatir por un modelo que ni siquiera entienden, o bien que los economistas diseñen políticas basadas en nociones que tercaamente se contradicen con la realidad, produciendo resultados desastrosos para millones.

Este ensayo tiene como objeto mostrar los efectos, no siempre positivos, de aplicar en el campo de la política económica una concepción paradigmática rígida, propia del extremismo que lleva a percepciones irreales de los fenómenos y retrae la eficiencia de la política económica. Se encuentra dividido en dos partes, la primera de ellas se compone de cinco apartados, y hace un referente al campo de la teoría, a los paradigmas relevantes en el diseño de la política económica en México y América Latina. La segunda, la más extensa, abarca nueve apartados; en ella se realiza una interpretación de la política económica en nuestro país a la luz de las concepciones paradigmáticas prevaletentes, en situaciones extremas. Así, se explican tanto los éxitos como las limitaciones de la política económica, en el transcurso de nuestra historia reciente en términos de los objetivos de la economía, como ciencia conducente a mejorar las condiciones de bienestar social.

1. Los paradigmas en el mundo del Siglo XX

1.1 El fin de una polémica: el paradigma Marxista vs el Neoclásico

El marxismo nació en el siglo XIX, pero su influencia dramática se registra en el siguiente. Independientemente de la opinión de cada cual sobre el marxismo, no hay duda que pocos paradigmas movilizaron a tantos y afectaron a un número tan importante de seres y países durante el medio siglo siguiente a la revolución bolchevique. En México el marxismo también tuvo cierto impacto, a pesar de no haber sido nunca un paradigma dominante, en el sentido de haber afectado

substancialmente la política gubernamental, los negocios y las finanzas del país. Durante la primera mitad del siglo pasado, inspiró a diversos políticos y pensadores mexicanos como Vicente Lombardo Toledano –abogado y filósofo– y la retórica de tintes anarquistas de líderes obreros, como los hermanos Flores Magón. Influyó también, quizá, indirectamente, en las inclinaciones de Lázaro Cárdenas a favor de la propiedad social.

En la segunda mitad del Siglo XX el marxismo impactó con fuerza el campo de la cultura y la ciencia penetrando en las universidades. En materia de la ciencia económica, desde los años sesenta fue eje de la enseñanza en diversas escuelas, y cautivó a una porción importante de las juventudes del país. En esa época existían círculos de estudio dedicados al análisis del marxismo, cuyos miembros eran además activistas políticos y militantes de organizaciones de izquierda; muchos de ellos serían posteriormente –incluso desde la presidencia de la república– los que formularían lo que vagamente se denomina en nuestro país como neoliberalismo. Si se determinara cuántos de los actuales economistas de la corriente mal llamada neoliberal fueron en algún momento simpatizantes o militantes marxistas, la proporción sería elevada. Es razonable pensar que sus años de idealismo de izquierda influyeron, para bien o para mal, en sus actos de años posteriores.

Lo que aquí he llamado marxismo abarca más de lo que el propio Marx dijo. Extrañamente, en muchos aspectos el marxismo tuvo poco que ver con Marx, quien, por ejemplo, le profesaba más credibilidad al progreso que al nacionalismo. Así, al perder México la mitad de sus territorios ante Estados Unidos en 1848, el filósofo alemán sostenía que sumarse a un país que progresaba rápidamente era lo mejor que les pudo pasar a los habitantes de esos territorios. De igual forma se le cita afirmando que “el capital no tiene nacionalidad, sólo intereses”, lo que debiera ser indiscutible. Favorecer a capitales nacionales es un contrasentido, cuando los dueños de ese capital son individuos particulares, no las naciones a que pertenecen; para ellos y no para sus conacionales son los rendimientos. A ningún trabajador le importa más la nacionalidad de su empleador, que su salario y las condiciones laborales en que opera.

Pero nuestros marxistas y los de otras partes del mundo fueron profundos nacionalistas. ¿Como explicar esta metamorfosis, qué privó a un paradigma de su aspecto universal para volverlo promotor de nacionalismos excluyentes, fuente de abusos contra muchos y de privilegios para pocos? La razón parece simple: más que un paradigma científico, el marxismo del siglo XX era un credo militante. Con tal de captar el mayor número de adeptos abanderó las causas más disímiles, para lo cual tuvo que nutrir los sentimientos más primitivos de las masas, como el nacionalismo ingenuo. Y fue más allá. Al adoptar visiones y causas extrañas a su paradigma

ma original, su discurso acomodó los intereses de campesinos descontentos, de empresarios “nacionalistas”, de religiones perseguidas, de etnias marginadas y de cualquier grupo que elevara la fuerza política del movimiento. Todo esto le restó rigor científico y limitó su avance como ciencia. En contraste, durante el Siglo XX crecía la sofisticación de otros paradigmas, especialmente la del neoclásico, mediante una enunciación cada vez más rigurosa de sus modelos y teorías.

La razón del éxito del marxismo durante la mayor parte del siglo pasado reside en que se propuso solucionar los problemas de millones de seres humanos, ignorados por el paradigma dominante en los países capitalistas. Mientras los teóricos neoclásicos se desgastaban en demostrar de mil maneras que el resultado del sistema de mercado era compatible con la operación de la mano invisible, la cual asegura que todos al buscar su beneficio particular aumentan el bienestar social, en muchos países masas hambrientas se aprestaban a hacer la revolución socialista. Por su sofisticación y rigor matemático y por la claridad de su lenguaje, sus hipótesis y sus teoremas, la economía neoclásica resultó vencedora en el siglo XX. Pero si lo que se evalúa es la relevancia de los problemas a los cuales se dedicó es claramente la perdedora, a pesar de que al final el marxismo parece haberse desvanecido.

Para los economistas neoclásicos es fácil ahora caer en la autocomplacencia; a fin de cuentas quedaron como amos y señores de un campo prácticamente abandonado por la competencia, especialmente la odiada competencia marxista. Pero no fueron los argumentos de los economistas neoclásicos los que derrotaron al marxismo. Los economistas de esta tendencia se encontraban bien pertrechados para aguantar aún mucho más de las reconveniones de los teóricos neoclásicos. El derrumbe de las economías socialistas en los últimos años de la centuria pasada provocó la debacle marxista. Este elemento externo a la contienda puramente teórica o ideológica, fue el determinante.

Los neoclásicos, mientras tanto, continuaban encerrados en el estudio de problemas inventados, en lugar de resolver los problemas reales de una humanidad cada vez más confundida, y menos interesada en el lenguaje abstruso y los planteamientos irrelevantes del economista neoclásico tradicional.

Como lo señaló Stiglitz (1994), recientemente galardonado con el Nobel de Economía, a mediados de los cincuenta nadie podía prever el derrumbe del socialismo “real”. Las economías socialistas, aunque con ingresos inferiores a los de las economías desarrolladas, crecían a tasas superiores. Para los países subdesarrollados la opción marxista parecía la más indicada, los que adoptaron este sistema alcanzaron rápidamente un crecimiento que les negaba su sistema anterior precapitalista. Incluso en los años sesenta, a escasas tres décadas del derrumbamiento de la cortina de hierro, no era previsible el cambio radical que se avecinaba.

Fue en ese tiempo cuando la ideología marxista ganó un buen número de adeptos en el mundo occidental, en especial entre la juventud; lo que motivó que ésta fuera reprimida o favorecida, más que convencida, para que depusiera su activismo pro marxista. Sin embargo, los movimientos estudiantiles dejarían huella, básicamente como una actitud tolerante de la sociedad ante el comportamiento individual. Lo extraño es que ello fue logrado por multitudes que sustentaban una ideología implantada por países mucho más represivos que los de los propios manifestantes.

Los neoclásicos en realidad le deben al marxismo más de lo que sus exponentes están dispuestos a reconocerle. El economista neoclásico, proclive a confundir a la economía por necesidad una ciencia social atenta a la solución de problemas sociales reales con una especie de ramificación de las matemáticas, o al menos como una ciencia especulativa creadora de sus propios axiomas y que no los toma de la realidad, se vio obligado a tratar de manera más directa los problemas sociales ante la amenaza que para su coto representaba el marxismo.

Como teoría económica el paradigma marxista incurrió en errores fundamentales; el más importante tal vez sea el referente a su teoría de precios, parte sustancial de toda teoría sobre el funcionamiento de las economías en los países capitalistas. Falla que desde el siglo XIX diversos economistas manifestaron. Y es que aun si se deja de lado a los insumos naturales, cuyo valor sólo proviene de su escasez, es imposible explicar los precios sólo con referencia al factor trabajo.

Los neoclásicos demostraron que cantidades iguales de trabajo tienen un valor distinto dependiendo de la fecha en que se incorporaron a la producción. Los precios de los bienes sólo podrían ser proporcionales a su cantidad de trabajo si el trabajo incorporado directa o indirectamente en las distintas mercancías tuviera las mismas fechas, o si la tasa de interés fuera nula.

No obstante lo anterior, al Marxismo le debemos diversos avances en el desarrollo de las ciencias sociales en general. Entre ellos un enfoque que busca explicar los cambios históricos a través de las luchas por la hegemonía económica (Marx), o la hegemonía política (los marxistas italianos) y no por medio de anécdotas dinásticas o conjuras palaciegas.

Quizá a las opciones de análisis habría que sumar la lucha por la hegemonía religiosa que en pleno siglo XXI parecen sugerir los acontecimientos en Afganistán y el enfrentamiento entre Occidente y el Islam. Actualmente podemos afirmar que la interpretación marxista de la evolución de las economías capitalistas resultó equivocada. Pero el método histórico marxista es en general más adecuado que los enfoques neoclásicos que, al suponer que el mismo modelo marginalista es aplicable por igual a la economía de los faraones que a la bolsa de valores de Nueva York,

no pueden explicar cómo Europa o los Estados Unidos transitaron de la servidumbre o la esclavitud al capitalismo financiero.

Estos logros del marxismo no borran el hecho de que en lo esencial falló como teoría económica, y eso no es lo grave. El máximo reclamo que se le puede hacer son los fanatismos y atrocidades que propició en términos de limitaciones a la libertad. Su renacimiento como sistema social, si llegara a darse, podría ser culpa de la corriente dominante, si olvida nuevamente los problemas de los marginados del progreso, y continúa justificando a las políticas gubernamentales y sus beneficiados.

1.2 Los discípulos de la CEPAL

La CEPAL fue fundada en 1948 al interior de la ONU gracias al apoyo de Estados Unidos y Francia, y a pesar de la oposición inicial del resto de los países desarrollados. Se propuso diseñar políticas “a la medida” de las economías latinoamericanas; sin embargo, dichas políticas se aplicaron en todos los países subdesarrollados, o en desarrollo como hoy se les llama. El enfoque cepalino contenía una retórica casi marxista, en cuanto consideraba que la riqueza de los países del centro sólo era explicable por la explotación de los países de la periferia, lograda a través de una conspiración para volver en su contra los términos de intercambio entre materias primas y productos industrializados. Pero nunca representó una amenaza seria para el mundo capitalista y sus defensores ideológicos.

En efecto, el paradigma cepalino legitimó a las clases capitalistas nacionales al proponer que sólo mediante la sustitución forzada de importaciones de bienes industrializados, procedentes de economías desarrolladas, por producción autóctona, los pobres de la tierra podrían liberarse de la explotación de que eran objeto. Para ello, los capitalistas nacionales recibieron no sólo protección comercial respecto de la competencia externa, sino toda clase de subsidios, tratamientos fiscales preferenciales y otros apoyos financiados por las arcas públicas; es decir, por la misma población que se veía impedida de comprar los bienes provenientes del exterior, aun cuando le resultaran más baratos, o mejores, como invariablemente era el caso. Así, la explotación de las poblaciones se aseguraba por partida doble, lo raro es que los cepalinos arrojaban sus propuestas en una retórica revolucionaria y progresista.

Difícilmente se puede imaginar a Marx aplaudiendo la explotación de los trabajadores por los capitalistas nacionales, en condiciones de monopolio respecto de los capitalistas foráneos, lo que les permitía— y les permite en los casos que

seguimos sufriendo la resaca de esas políticas– abusar más de trabajadores y consumidores en ausencia de competencia externa. Había, de acuerdo con sus lineamientos, que impulsar una clase capitalista moderna. La opción de apertura al capital del exterior era impensable, pues ofendía sus profundos sentimientos nacionalistas.

El mexicano a quien más se asocia con el pensamiento cepalino es Juan F. Noyola, egresado de la Escuela Nacional de Economía en 1946. La mayor parte de su vida trabajó fuera de México y colaboraba con el gobierno cubano cuando murió en 1962. En uno de sus trabajos, en donde analizó la economía mexicana, concluyó que la balanza de pagos obedece más a una tasa marginal a importar estructuralmente elevada que al tipo de cambio, idea que siempre atrajo a muchos cepalinos. Pero su contribución más famosa es la del enfoque estructural de la inflación, según el cual: “La concepción de la inflación como un exceso de demanda sobre oferta disponible *ex ante* no va más allá de una mera tautología. Para ir más allá y alcanzar la raíz real de la inflación, necesitamos un enfoque diferente. Este es no otro que la lucha de clases.” Muchos simpatizantes de la CEPAL no siguieron a Noyola en este enfoque más radical.

El paradigma cepalino, en contraste con el marxista, no atrajo tanto a las masas de jóvenes idealistas, a pesar de que ambas corrientes de pensamiento ejercieron su influencia más o menos durante el mismo periodo. La influencia cepalina se dejó sentir en el gobierno –al formular las políticas económicas– y en los empresarios –cuyos intereses eran servidos por dichas formulaciones–. La armonía entre gobierno y empresarios era entonces perfecta, ambos marchaban de la mano en la construcción de un México industrializado –sin olvidar el engrandecimiento también de los capitales nacionales privados– bajo la inspiración del paradigma cepalino.

La sustitución de importaciones es útil y hasta necesaria para estimular el desarrollo en sus primeras fases. El paradigma neoclásico la acepta bajo la idea de las industrias incipientes, según la cual la protección, para no volverse en contra de sus propios objetivos, debe ser temporal. No obstante para la corriente de la CEPAL el problema de los países en desarrollo es estructural y las estructuras no cambian de la noche a la mañana. Sin embargo, la necesidad de mantener esas políticas proteccionistas e intervencionistas por periodos prolongados fue siempre falsa. Los países que abandonaron pronto las estrategias de crecimiento mediante la sustitución forzada de importaciones y se volcaron hacia el comercio internacional, obtuvieron mejores resultados en el plano económico dentro del conjunto de los países en desarrollo.

1.3 El Keynesianismo como coartada

Hacia mediados de la década de los sesenta la sustitución forzosa de importaciones en nuestro país era cada vez más difícil, una vez concluida en los sectores de manufacturas ligeras para el consumo. Al mismo tiempo, el apoyo a la industria tuvo sus costos. Por otro lado, el ritmo de crecimiento del sector agrícola comenzó a declinar, resultando cada vez más costoso extraerle recursos para apoyar al sector industrial.

Al mismo tiempo, el gobierno enfrentó con sorpresa, a partir de finales de la década de los sesenta, una creciente oposición de las clases medias, presuntas beneficiarias de la estabilidad y el crecimiento acelerado ante lo cual se extrapoló el modelo, eliminando sus condiciones de estabilidad. Así, se continuó con el modelo de sustitución de importaciones, al tiempo que se relajaban las políticas monetarias y de gasto público.

Tal vez la respuesta adecuada del gobierno hubiese sido un cambio radical de estrategia hacia una apertura de la economía interna y del comercio internacional, pero si algo causó la presión del movimiento político de jóvenes e intelectuales fue desplazar, hacia la izquierda, o si se quiere hacia el populismo, a un gobierno pasmado y sin claridad con respecto a lo que había que hacer, y a una tecnocracia que, exitosa hasta entonces en sus recomendaciones y acciones, no tenía respuestas claras y políticamente aceptables para el momento. Más aún, las corrientes del pensamiento económico dominantes en los propios centros del poder económico mundial tampoco estaban seguras de que su paradigma era el adecuado, y coqueteaban con otros. El paradigma keynesiano, solía ser parte del bagaje esencial de la enseñanza de la política macro. Eran los tiempos en que incluso economistas de derecha declaraban, como lo hizo Friedman, que “ahora todos somos keynesianos”.

En efecto, algunas versiones vulgares del keynesianismo sirvieron para defender las políticas seguidas durante la etapa conocida como docena trágica (1970-1982). Por ello, vale la pena hacer algunas precisiones sobre lo que se entiende por paradigma keynesiano. Keynes poseía una formación matemática. Sin embargo, en *La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1935-36) no utilizó soluciones matemáticas rigurosas del modelo completo y apenas incluyó algunas gráficas.

A Keynes le ocurre lo que a Marx: que después de muchos años de muerto, importantes estudiosos continúan discutiendo qué fue lo que realmente dijo, indicativo de su poca claridad. Pero en el caso de Keynes es evidente que no quiso ser claro, pues de utilizar una especificación formal de su modelo, dada su preparación matemática, hubiera ahorrado innumerables discusiones a los economistas que le sucedieron. Por ello se puede especular que optó por la falta de claridad, debido

a que no había resuelto sus ideas de manera rigurosa, y confió más en su intuición. Tal vez pensó que otros economistas podrían ocuparse de darle rigor al conjunto de ideas de las cuales estaba convencido.

Quizá esto fue lo que realizó Hicks en 1937 en su clásico artículo *Mr. Keynes and the classics: A suggested interpretation*, al proponer un conjunto de ecuaciones y un análisis gráfico de ofertas y demandas agregadas en los mercados de bienes y dinero: el conocido análisis IS-LM. Después se pensó que ser keynesiano era suponer ciertas pendientes de esas curvas, de manera que la política fiscal fuese más eficaz que la política monetaria para incrementar la demanda agregada. De lo contrario, se pertenecía al campo de los monetaristas (en su fase I). Esta disputa distrajo a los macroeconomistas y econométricos en la década de los sesenta. Se solían especificar modelos econométricos para determinar estadísticamente cuál de las dos políticas, la fiscal o la monetaria, tenía mayor impacto sobre el producto. Invariablemente el triunfo era de la versión más acorde con la inclinación del autor: keynesiana o monetarista. Si algo nos enseñó esta pugna fue la facilidad con que se abusa de la econometría.

Después vino el monetarismo fase II, según el cual la política fiscal no tiene ni puede tener impacto alguno sobre la producción y el empleo, porque aunque aumente el gasto público no aumenta la demanda agregada (la IS no se desplaza). Es el efecto que Friedman, con la teatralidad que le caracteriza, ilustró con aquello de *there's no such thing as a free lunch*. La idea es que si el gobierno decide repartir desayunos escolares, los padres de familia dejarán de gastar en ello una cantidad de dinero exactamente igual a la que ahora entrega el gobierno para ese propósito. Tampoco desembolsarán más en otros gastos, pues no tienen por qué sentirse con un mayor poder de compra, toda vez que como seres racionales saben que tarde o temprano, el gobierno aumentará los impuestos en una cantidad igual a la que el gasto público en desayunos escolares les ahorró. Si aumentaran su gasto en otros rubros sería equivalente a que antes de los desayunos escolares no maximizaban su utilidad y, por lo tanto, estarían actuando irracionalmente. Esta historia es tan artificial que sólo convence a los extremistas de Chicago y a sus simpatizantes.

En el mundo no hay mercados completos, y por lo tanto no es posible suponer que el gasto público recaea directa o indirectamente sobre los impuestos de las mismas personas. Tampoco se puede suponer que este gasto es sustituto perfecto del privado, como desde un principio lo señaló Tobin en respuesta a esta primera formulación de lo que se convertiría en escuela, cuya característica fundamental es suponer mercados eficientes, con plena información.

Luego vino el salto sorprendente, aunque no imprevisible, con la formulación del monetarismo fase III. Ahora los monetaristas dijeron que ni la política

monetaria ni la fiscal pueden hacer nada para afectar de manera sistemática el nivel de empleo. El argumento es asombroso por lo sencillo, por no decir simplista. El análisis se basa en extender al mercado de trabajo el supuesto de que los mercados funcionan perfectamente; es decir, son completos y se equilibran de manera instantánea y con información completa. Sobre esta base concluyen luego circularmente que el mercado de trabajo se equilibra todo el tiempo, por lo que no puede haber desempleo que no sea friccional, y las políticas gubernamentales no pueden afectar su nivel.

De tal suerte, quien piensa ahora que una política cualquiera –monetaria o fiscal– puede afectar de una manera determinada a alguna variable real, es keynesiano. Ser monetarista es negarle ese efecto a toda política, incluso a la propia política monetaria. Los monetaristas, como el aprendiz de brujo, después de desaparecer todo lo que tenían enfrente, se desaparecieron a sí mismos.

Un par de precisiones se imponen. El mecanismo que les permitió llegar a los resultados anteriores se basó en el supuesto de expectativas racionales, según el cual los agentes económicos tienen información completa y simétrica de cómo trabaja la economía, incluyendo los demás agentes económicos, entre ellos el gobierno. Si en algún momento los agentes no disponen de esa información, pueden obtenerla rápidamente, pero este supuesto no es suficiente. Los monetaristas deben suponer también que no hay imperfecciones que impidan que los mercados funcionen eficientemente y sin fricciones, equilibrándose todo el tiempo.

Lo anterior ha sido señalado por los mismos economistas (Lucas y Sargeant) que contribuyeron intensamente a la formulación rigurosa de la teoría. Se trata de una elaboración del paradigma para contrastar las situaciones reales, no para forzar la realidad a que se comporte igual que el paradigma con mercados e información perfectos. Sin embargo un grupo de extremistas se ha dedicado a proponer todo tipo de teoremas sobre la ineffectividad de las políticas públicas, sin reparar en que no es válido concluir que los mercados trabajan eficientemente a partir de un modelo que en sus premisas supone lo mismo.

Esos ejercicios han sido útiles en la medida que no se han querido llevar al extremo ultraliberal, pues han obligado a los demás economistas a repensar y afinar sus modelos y teorías. Hoy pocos suponen que las políticas públicas discrecionales puedan utilizarse de manera rutinaria para eliminar fluctuaciones normales, sin que ello signifique abrazar el credo de los extremistas del mercado eficiente. La mayoría de estos economistas piensan que la intervención del Estado puede ser útil para situaciones anormales, como una depresión o un estado de guerra. Esta intervención será más eficaz entre menos se hayan desgastado los instrumentos de la acción gubernamental en una política de intervención discrecional permanente.

La mayoría de los economistas suelen creer también, que se puede contribuir a estabilizar la economía mediante la introducción de estabilizadores automáticos en las políticas fiscales y monetaria.

Si de lo que nos tratan de convencer los ultras es de que la intervención del estado es mala, hay que creerles y apoyarlos, pero si nos quieren convencer que la intervención es siempre el peor de los mundos, sin importar las situaciones específicas hay que exigirles que caso por caso lo demuestren. Si algo se aprendió con la depresión de los treinta es que el extremismo promotor de la inactividad puede ser catastrófico en situaciones de emergencia. Al menos eso parece deducirse de las reflexiones y medidas que actualmente se propone adopten los países desarrollados para enfrentar situaciones internacionales de apremio económico.

1.4. El paradigma neoclásico

La fuente por excelencia de los neoclásicos es Adam Smith, con su idea de la mano invisible, que en lo fundamental establece que cada cual buscando su propio bienestar maximiza el bienestar social. Los neoclásicos desarrollaron su modelo del mercado bajo condiciones ideales (para el funcionamiento del propio mercado) y sus resultados provienen de suponer que los agentes económicos maximizan su bienestar, o sus ganancias tratándose de empresas. Los hombres son completamente egoístas, pero no envidiosos. Su bienestar depende de sus niveles de consumo, no de los consumos ajenos.

Además de este supuesto de la motivación del comportamiento humano, así como del supuesto de que los mercados son completos (cualquier cosa de la que se derive utilidad para los individuos se vende y se compra); también supusieron que hay competencia perfecta (ningún agente puede manipular los precios a su favor; es decir, todos los agentes los toman como dados); existe información simétrica y, en la mayoría de las elaboraciones del paradigma, información perfecta por parte de todos. Los neoclásicos lograron demostrar, a la sombra de estas suposiciones, que la intuición de Adam Smith era correcta.

Concretamente, lo que demostrarían en especial Debreu y Arrow, fue que gracias a los planteamientos arriba mencionados, más otros de carácter técnico, como el hecho de que no existen economías de escala y que las preferencias de los consumidores están bien definidas y cumplen con ciertas condiciones convenientes desde el punto de vista de su representación matemática; los resultados del mercado cumplen con lo siguiente:

- 1) Siempre existe por lo menos un equilibrio, entendido como un conjunto de precios, para los cuales las demandas en cada mercado son iguales a las respectivas ofertas.
- 2) El equilibrio del mercado es óptimo de Pareto; esto es, que no es posible aumentar el bienestar de ningún individuo sin perjudicar a otro (primer teorema del bienestar).
- 3) Cualquier óptimo de Pareto viable, dada la tecnología, puede ser resultado de un equilibrio de mercado si se distribuyera la dotación original de recursos de los individuos (segundo teorema del bienestar). Posibilidad que para algunos es suficiente para concluir que el mercado, aún sin redistribución, es siempre preferible a la intervención del Estado, así sea puntual y con objetivos delimitados.

Los supuestos del paradigma neoclásico sirven para construir una serie de resultados en condiciones ideales, que pueden servir de referencia en situaciones reales. En este caso es necesario adecuarlo de conformidad con las situaciones concretas analizadas. Los supuestos siempre serán más simples que la realidad, pues de hecho teorizar es siempre simplificar. Pero ello no justifica que los supuestos contradigan flagrantemente la realidad. Es como la ley de la gravedad, la que bajo supuestos ideales, como el de ausencia de aire (vacío), predice que todos los cuerpos caen de una altura determinada, sea una pluma o una esfera de plomo, en el mismo tiempo. Los físicos saben que en la realidad esto no es así, por lo que se deben corregir los resultados del paradigma, de acuerdo con las condiciones concretas, es decir, se debe tomar en cuenta la resistencia del aire a la caída de los diferentes cuerpos.

De la misma manera en economía, si al paradigma neoclásico o cualquier otro, en su uso para situaciones concretas se le incluyen supuestos falsos se obtienen resultados de las mismas características. Como se dice en inglés, *garbage in, garbage out*. Esto lo entienden la mayoría de los economistas, excepto un grupo de radicales del mercado, pocos en términos relativos, pero vociferantes, para quienes los supuestos del paradigma en condiciones de funcionamiento ideal del mercado son algo más que herramienta; representan algo a lo que la realidad debe ajustarse, y si no, peor para la realidad.

No es malo hacer supuestos para construir un paradigma. El paradigma neoclásico está basado en supuestos, su utilidad depende de las modificaciones que se le hagan para estudiar situaciones concretas. En esto algunos economistas son más realistas que otros, hay quienes piensan que el paradigma como tal, sin adecuaciones, es aplicable a prácticamente cualquier situación concreta: un caso de extremo agudo. Así por ejemplo, Friedman en su ensayo *The methodology of positive*

economics, defiende el uso de los supuestos del paradigma sin modificaciones importantes, bajo el entendido de que tal proceder tiene como resultado buenas predicciones. No importa, por ejemplo, que las empresas no sean atomísticas, si de todos modos se comportan como si se encontraran en una situación de competencia perfecta. Pero Friedman nunca compara empíricamente las predicciones del paradigma sin adecuaciones con las de otros enfoques que, para analizar situaciones concretas, por ejemplo, las oligopólicas que caracterizan a la mayoría de los mercados, modifican consecuentemente los supuestos originales del paradigma.

Otros economistas sí realizan las modificaciones pertinentes al paradigma para la situación real concreta que se va a analizar. Por ejemplo, Stiglitz introdujo al análisis de distintos mercados y al estudio de ciertas cuestiones concretas, un supuesto más realista que el de la información perfecta, tal supuesto se refiere a que la información no sólo es imperfecta sino asimétrica entre agentes. De esa manera se concluye que cierta intervención estatal, por ejemplo, en la regulación bancaria o en la política antimonopolios, juega un papel para que los resultados del mercado sean eficientes. Mientras que del otro lado del espectro ideológico, los supuestos del paradigma sin adecuaciones lleva a quienes así proceden a rechazar este tipo de intervenciones. Para ellos el mercado funciona bien, y es conveniente no tocarlo. Tienen tal fe en el funcionamiento perfecto del mercado, que no reparan en las imperfecciones de la realidad. Pero aun sin considerar a los extremistas, se debe consignar que dentro del paradigma cabe un gran número de tendencias, aplicaciones y posiciones concretas, por lo que la misma idea de paradigma neoclásico es una generalización bastante laxa.

1.5 Los extremistas de hoy

Dentro de un paradigma pueden coexistir distintas teorías y visiones ideológicas. Como ya se citó, el concepto de paradigma es necesariamente vago, y va más allá de lo que propone una cierta teoría. Esto es especialmente cierto en el caso del paradigma neoclásico que abarca a economistas de tendencias políticas y sociales de todo tipo, desde Friedman hasta Samuelson, de Hayek a Stiglitz. El que algunos sean a veces keynesianos –por ejemplo Samuelson–, no los excluye de analizar otros fenómenos con el instrumental neoclásico.

El presente artículo no es una crítica a las teorías, está enfocado sí a los extremismos, formados en la exageración del paradigma hasta confundirlo con la realidad, o bien con lo que la realidad debiera ser desde una perspectiva normativa, en lugar de una aparato de análisis. Además, cuando se critica a los recientes economistas articulados a la política, es preciso distinguir su base intelectual, de su actua-

ción como miembros de un grupo con un programa político. Quizá se pueda hablar de ellos más como políticos con título de doctorado en economía por alguna universidad extranjera, que de economistas neoclásicos. Aunque no cabe duda de que al menos su discurso estuvo teñido de una retórica económica neoclásica y liberal.

Exagerar ideas hasta confundirlas con la realidad es esencia de todo extremismo: en esto los seguidores de las teorías de los mercados eficientes son insuperables. Tomemos como ejemplo a un economista de esta tendencia, cuya versión de la misma le plantea el funcionamiento inmejorable de los mercados de forma tal que los monopolios se destruyen solos, sin la necesidad siempre indeseable de la intervención gubernamental; ello debido al incentivo que los elevados precios del monopolio representan para los posibles competidores, que atraídos por las altas ganancias entrarán al mercado respectivo destruyendo el monopolio. Entonces, si este economista se encuentra con un monopolio en el mundo real pensará que seguramente se trata de otra cosa, porque de ser verdad la existencia de un monopolio, el mercado, eficiente como lo es, de acuerdo a lo que estableció su corriente, ya lo habría destruido.

Los extremistas del mercado eficiente, pueden dar con una situación real no prevista por su modelo, y no son capaces de reconocerlo, aunque su teoría se base en supuestos nunca corroborados. De ellos concluyen en un razonamiento completamente circular, que los supuestos de acuerdo con el modelo que los supone son ciertos. Si se suponen mercados eficientes siempre equilibrados, entonces las situaciones de desequilibrio como el desempleo no son tales. Si se observa desempleo en realidad no hay tal desequilibrio, lo que sucede es que los sin trabajo no quieren trabajar al salario vigente; o su situación es puramente transitoria, en la cual los trabajadores están en proceso de búsqueda de un empleo nuevo.

2. Los paradigmas en la economía mexicana

2.1 Los economistas mexicanos a principios del siglo XX

Poco se puede decir de los paradigmas utilizados por los economistas mexicanos a principios del siglo XX, debido a que en general no utilizaban un esquema de análisis económico bien definido. Los economistas de México en la primera mitad del siglo eran abogados. Gómez Morín participó en el diseño de leyes para diversos sectores económicos e impartía cursos con temas de economía. Destacan asimismo las labores de Jesús Silva Herzog, organizador del Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, cuyo órgano fue la *Revista Mexicana de Economía*; de Daniel Cosío Villegas, fundador del *Trimestre Económico* (1934) y del Fondo de Cultura

Económica, y presidente de El Colegio de México de 1957 a 1961; y de otros muchos. Algunos de estos abogados tomaron cursos de economía en el extranjero, pero en general, en sus escritos no utilizaron una metodología económica especializada, dominando en cambio las consideraciones de tipo sociológico y político.

El Banco de México, fundado en 1925, y la Secretaría de Hacienda, instituciones que han tendido a representar al paradigma dominante en México, fueron asimismo dirigidas por abogados, durante la primera mitad del siglo. La carrera de economía fue establecida dentro de la Escuela de Leyes por Narciso Bassols en 1929. La Escuela Nacional de Economía fue fundada hasta 1934 y empezó a titular a un flujo importante de economistas varios años después. Uno de los primeros economistas de profesión mexicanos fue Víctor Urquidí, graduado por la London School of Economics en 1940. Estuvo ligado a la CEPAL de 1951 a 1958, y fue el presidente de El Colegio de México que más tiempo ha durado en su cargo, de 1966 a 1985, excepto por el primer presidente de esa institución, Alfonso Reyes (de 1940 a 1959), quien permaneció en el cargo algunos meses más.

2.2 El desarrollo estabilizador o cepalismo con disciplina monetaria

El periodo de influencia dominante del paradigma cepalino sobre las políticas económicas en México coincide con la etapa conocida como la de desarrollo estabilizador. En esa etapa (1954–1970) existió una estrecha coordinación entre el Banco de México, dirigido por Rodrigo Gómez, y la Secretaría de Hacienda conducida primero por Carrillo Flores y, después la mayor parte de la misma, por Antonio Ortiz Mena. El contraste entre la escasa formación académica y el éxito de sus funciones, es lo singular en la vida de estas personas y ayuda a comprender no sólo este periodo, sino también a poner en perspectiva el legado de esa etapa.

No es un secreto que muchos economistas influyentes dentro de la estructura del Banco de México consideran a Rodrigo Gómez y a Antonio Ortiz Mena como los mejores economista mexicanos del siglo XX, y esto no deja de ser sorprendente, pensando que el primero sólo estudió la primaria y un año de contabilidad privada, en tanto que el licenciado Ortiz no era economista sino abogado.

En relación con Rodrigo Gómez, el actual Secretario de Hacienda, Francisco Gil Díaz, ha escrito que fue precursor del moderno enfoque de la balanza de pagos de Harry Johnson, así como de los modelos macroeconómicos de la balanza de pagos de Mundell y Fleming. El anterior gobernador del Banco de México, Miguel Mancera, afirmó que Rodrigo Gómez anticipó la formulación de la hipótesis de las expectativas racionales. Nada mal para un autodidacta, que además expresaba a sus íntimos que no soportaba las argumentaciones demasiado teóricas

o abstractas. La admiración que se le otorga a este dirigente puede entenderse, sobre todo cuando se comparan sus logros con el sostenido fracaso de la política monetaria y financiera fuera del periodo del desarrollo estabilizador. No es necesario inventarle otros méritos que no tuvieron nada que ver con él, o que incluso contradicen su verdadera idiosincrasia.

Ciertamente, al considerar la trayectoria de Rodrigo Gómez, no se puede sino concluir, de manera imparcial, que no cabría circunscribirlo en la corriente neoclásica, dominante hacia finales del siglo XX, sino en una más cercana a su tiempo. Esta afirmación provocará varias reacciones encontradas, pero si algún paradigma puede atribuirse a Rodrigo Gómez, éste no puede ser del todo distinto al cepalino. En ocasiones su discurso se asemeja más al de Prebisch, con quien parece haberse entendido bien, que al de personajes del pensamiento económico contemporáneo. Fue, como todo hombre que hace historia, un hombre de su tiempo.

Al igual que sus contemporáneos en los bancos centrales latinoamericanos, desconfiaba de la capacidad del mercado para asignar recursos, de ahí su entusiasmo con los esquemas de asignación selectiva del crédito, o por la banca de desarrollo. Su admiración por la integración económica de los países de América Latina no es un antecedente del TLC que muestra su fe en el libre comercio, como también suelen decir sus admiradores, sino un intento compartido con Prebisch y demás cepalinos, por aumentar la capacidad de los países de la región para oponerse a las importaciones de productos industriales provenientes de los países desarrollados.

Vale la pena citarlo para mostrar que ni su lenguaje ni su visión eran los de un neoclásico de finales del siglo XX. En relación con el mercado como asignador de recursos, todavía en 1967, hacia finales del desarrollo estabilizador –y de su vida– decía que:

En los países en desarrollo se presentan con gran claridad situaciones que hacen difícil esperar que el funcionamiento del mercado, por sí mismo, permita lograr la captación y asignación de los recursos financieros en forma óptima [...]

Respecto de la sustitución de importaciones y los motivos para promover la integración económica de América Latina, en 1960 Gómez pronunció un discurso, en Montevideo, que Prebisch u otro cepalino sin dificultad hubieran suscrito. Entre otras ideas expresó que:

En la década que va de 1945 a 1955, o sea el periodo de ajuste de la posguerra, Latinoamérica pudo acelerar su ritmo de crecimiento económico porque estuvo en posibilidad de exportar,

a buenos precios, grandes cantidades de productos que tradicionalmente formaban parte de su comercio exterior, pero en el último lustro los precios han descendido y el ritmo de crecimiento de nuestras economías ha disminuido notablemente y las perspectivas de mejorar nuestros términos de intercambio son cada día menos halagüeñas.

[...] para levantar el nivel de vida de nuestras masas trabajadoras necesitamos industrializarnos y, para ello, requerimos cada día mayor cantidad de bienes de capital que todavía no producimos en volumen suficiente y que no podremos adquirir si nos atenemos exclusivamente a las divisas que obtengamos con las exportaciones de productos primarios o con el aumento de nuestro endeudamiento.

México, en los últimos 30 años ha hecho avances espectaculares en la sustitución de importaciones, pero se está acercando el punto de saturación en que cada día resulta más difícil lograrla [...] Pero ya a estos niveles de industrialización, dicha sustitución sólo será costeable si contamos con amplios mercados y no con los pequeños de cada uno de los compartimientos estancos en que está dividida la América Latina. Para estos efectos, aun Argentina, Brasil y México siguen siendo compartimientos estancos [...] Necesitamos sustituir, en gran medida, la importación de bienes de capital por producción de dentro del área, para sólo importar de terceros países las máquinas que requieran técnicas muy altamente especializadas y algunas materias primas que no se produzcan al sur del río Bravo en este continente.

El resaltar las similitudes del crecimiento estabilizador con el paradigma cepalino no pretende irritar a simpatizantes de uno u otro enfoque. Busca entender el tiempo y su legado, sólo así se puede colocar en perspectiva lo que sucedió después de 1970, con el fin de determinar hasta qué grado se produjo un cambio de paradigma o si simplemente se intentó reforzar el anterior. Lo cual recuerda al español Ortega y Gasset cuando afirmaba que un conservador y un progresista de hoy se parecen más entre sí, que un progresista de ayer a un progresista de hoy. Los hombres son hijos de su tiempo y de su circunstancia. Por eso las etiquetas para establecer legados, como la de neoconservadores, neoliberales o neocepalinos, usadas como armas descalificadoras sin contexto que las aclare, oscurecen más que iluminan el análisis:

Una generación es una variedad humana, en el sentido riguroso que dan a este término los naturalistas. Los miembros de ella vienen al mundo dotados de ciertos caracteres típicos que les prestan una fisonomía común, diferenciándolos de la generación anterior. Dentro de ese marco de identidad pueden ser los individuos del más diverso temple, hasta el punto de que, habiendo de vivir los unos junto a los otros, a fuer de contemporáneos, se sienten a veces como antagonistas. Pero bajo la más violenta contraposición de los *pro* y los *anti* descubre fácilmente la mirada una común filigrana. Unos y otros son hombres de su tiempo, y por mucho que se diferencien, se parecen más todavía. El reaccionario y el

revolucionario del siglo XIX son mucho más afines entre sí que cualquiera de ellos con cualquier de nosotros [...]

De Ortíz Mena no presentaré argumentación alguna. Su carrera es muy conocida. Pero su aporte a la economía bien podría considerarse quizá de una naturaleza fundamentalmente aplicada. Su perfil es más de un hombre práctico. Bajo su gestión como secretario de Hacienda durante los sexenios de Adolfo López Mateos (1958-1964) y Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), siempre hubo un buen entendimiento entre esa dependencia y el Banco de México. En especial, contribuyó mediante el ejercicio sobrio de las finanzas públicas a la estabilidad económica, objetivo que por el lado de la política monetaria apuntalaba el Banco de México. Antes de ocupar el puesto de secretario de Hacienda, el licenciado Ortíz Mena se desempeñó como director general del Instituto Mexicano del Seguro Social (1952-1958), y durante su gestión se extendió el régimen de seguridad social a todo el país y a los trabajadores del campo.

2.3 La docena trágica

El propósito de este artículo no se centra en la defensa o ataque de los gobiernos sino en la crítica de sus concepciones económicas y de las consecuencias prácticas en el campo de la política económica. El populismo y la arrogancia de Echeverría y López Portillo no fueron ajenos a la magnitud de la debacle al término de sus mandatos, aunque sí a la debacle misma. Contribuyó también la complacencia de los economistas de la vieja guardia, al no haber propuesto alternativas a tiempo. Tampoco sirvió de mucho que en ese entonces (finales de los sesenta) comenzara a crecer el número de economistas jóvenes con estudios en el extranjero, que ocupaban posiciones de responsabilidad en el gobierno y en el Banco de México. En ese contexto, se decidió combatir lo que en 1970 se llamó atonía económica, por medio de políticas expansivas de la demanda y un aumento de los apoyos a sectores concretos; fueron el medio de oponerse a las fuerzas del mercado, que no siempre eran, supuestamente, congruentes con los intereses nacionales. Todavía en 1975 el director del Banco de México, Ernesto Fernández Hurtado, sustituido posteriormente por Gustavo Romero Kolbeck en 1976, señalaba:

El Banco de México inició sus experiencias en la orientación selectiva del crédito, exclusivamente por actividades económicas, a principios de los años 40, a través del mecanismo de encaje legal. En los últimos años se ha acentuado crecientemente la finalidad de conciliar la utilidad económica con el beneficio social de amplios sectores de bajos ingresos de la población [...]

Y más adelante argumentaba:

Un desarrollo importante en la institucionalización del crédito selectivo es el establecimiento de fideicomisos financieros de fomento. Estos acompañan el crédito que concede la banca pública y privada a las actividades prioritarias, con asistencia técnica para la evaluación del proyecto, para la selección de la técnica más conveniente de producción, para la organización y educación de los acreditados en el manejo del proyecto y para la evaluación correcta del beneficio económico recibido y la consiguiente capacidad de pago. La intervención de los fideicomisos asegura que los plazos, el monto y demás condiciones del crédito se ajusten a las características de la inversión, asegurando su recuperación. También garantiza que los créditos se orienten de acuerdo con los programas sectoriales de desarrollo.

En buena medida, la respuesta a la desaceleración económica que causó el agotamiento de la estrategia de sustitución de importaciones o paradigma cepalino fue, no el abandonar esa estrategia, sino acentuarla, con el fin de compensar mediante la acción directa del gobierno, o a través del aumento inducido de la demanda agregada, la pérdida de empleos y la desaceleración económica. Fueron los tiempos que Carlos Tello calificó de desarrollo estabilizador vergonzante. Esa reacción del gobierno tenía que producir desequilibrios en las cuentas públicas y en los balances externos. En años anteriores, el banco central se hubiera opuesto firmemente a estos desequilibrios.

Pero desde 1971 la coordinación entre Banco de México y gobierno federal, a través de la Secretaría de Hacienda, dio paso a la subordinación del primero. En ese año se inició la práctica de imponer al Secretario de Hacienda, como presidente del Consejo de Administración del Banco. Así, esa posición fue ocupada en ocasiones por personas de una idiosincrasia no sólo distinta sino hasta opuesta a la de los funcionarios del Banco, ejemplo de ello sería el siguiente presidente de la república: José López Portillo. Eran tiempos en que el presidencialismo se ejercía verticalmente en todos los ámbitos de la vida nacional, no era gratuito que Echeverría declarara que, en México, las finanzas públicas se decidían en los Pinos. Pudo haber agregado que la política monetaria también.

Al inicio del sexenio de López Portillo, se intentó un cambio, incipiente si se quiere, hacia la apertura económica; pero el petróleo, y la abundante disponibilidad de créditos externos, nublaron la vista de propios y extraños. De modo que, dentro de la perspectiva de los hechos, debe reconocerse que aquéllos que otorgaron préstamos a México pensaban también que la estrategia era viable. Asimismo, los círculos académicos, de la corriente hegemónica, no siempre expresaron